

Entrelíneas

Un pequeño
amigo imaginario

LILIA MÉNDEZ

Augusto Monterroso era en sí mismo una muestra de economía de recursos: media un metro cincuenta, más o menos. Lo justo y necesario. Agudo y conciso, concibió una obra con pocas fragmentos o, al menos, dejando en el lector la sensación de haber escrito así, fragmentariamente. Lejos de los desbordos y de la ambiciosa retórica de sus contemporáneos de generación, Monterroso escribió como si conversara.

La lectura, de algún modo, es siempre una conversación sobre los temas que preocupan a un determinado autor y a un determinado lector en un momento específico de sus vidas; un cruce misterioso que, a veces, puede ser incluso el comienzo de una bella amistad, a lo Ingrid Bergman y Humphrey Bogart. Una amistad que va más allá de lo intelectual y que, piensa, tiene que ver con aquel sabio recurso de la infancia: el amigo imaginario. Esa compañía ficticia que nos permite ir descubriendo el mundo exterior y, sobre todo, el interior, sin quedar paralizados ante semejante espectáculo. Por cierto, hay autores que favorecen más que otros este tipo de vínculo. Sin preferencias fatalistas, en la agilidad del conversado, con ellos se puede bromear, discutir de igual a igual sobre lo humano y lo divino, jugar a las cartas o a la escondida y hasta llevarlo de paseo, como socio y amante, por los lugares de la ciudad que uno transita. Alguna vez, por ejemplo, a fines de 1991, entré con Monterroso a un cine del centro, en el paseo Huérfanos, para que vieramos juntos una película que por entonces estaba de moda. Fue una vuelta de mano, porque alguna vez el autor de *La palabra mágica* me llevó, en 1954, a flasear con él a orillas del Mapocho. A la salida del cine, mientras nos brindábamos unas copias de



vino, se me ocurrió garapatear sobre una servilleta y entregársela luego de regalo, a modo de homenaje y crítica onomatopéyica: "Cuando desperté, Jurassic Park ya había terminado".

Ignoro si el homenajeado de carne y hueso vio la película de Spielberg, pero mi amigo imaginario, autor de divertidas libélulas de animales, como la de «El Mono que quiso ser escritor satírico» o «El a jirafa que de pronto comprendió que todo es relativo», y, por supuesto, del cuento más corto de la historia, se había aburrido hasta dormirse con la asombrosa historia de dinosaurios de computadora. Porque lo de Monterroso, definitivamente, no son los efectos especiales.

La concisión y el ingenio en su obra son una forma de amabilidad con el lector, sus amigos. Les toca, los aguijonea, pero no los invade. Es la contracara de aquellos amigos literarios, demasiado reales siempre, que suelen hablar hasta por los codos y con aura de trascendencia. Pero, más que con un exceso de humildad y timidez, ese punto tenue que le impone la brevedad de sus textos tiene que ver con una mirada desencantada del

mundo —del mundo literario en particular y del ser humano en general— que traduce en una ironía de pocas palabras. Más que agresivo y parzante, su humor es compasivo y hasta un tanto melancólico a veces.

Pero mi pequeño y calvo amigo (augustiniano) no sólo en sus escritos destila agudeza y desencanto. Alguna vez Cristina Wamken, con su habitual solemnidad y optimismo, le preguntó si no pensaba que los grandes escritores, como Melville y Chéjov, por ejemplo, estaban tocados por la gracia. Y Monterroso le respondió, burlado en su silla y oculto detrás de unas lentes amplias y redondas: —Perdone, pero me parece que esos dos estaban más bien tocados por la desgracia.

O aquel periodista que, desconcertado por sus eclécticas respuestas, le preguntó si acaso creía que todo es relativo. "A veces sí, a veces no", respondió el autor de *Obras completas* y otros cuentos.

Dicen que hace dos años sufrió en México un ataque cardíaco que lo llevó a la tumba dicen, también, que alguna vez ante el verso de Martí "La muerte no es verdad", nuestro amigo, sorprendido como un niño, se preguntó: "¿Tampoco?" Porque Monterroso conservó siempre su estatura de niño y ahora, libre de ese pequeño lastre del cuerpo, está más dispuesto que nunca a seguir siendo nuestro amigo imaginario. A condición, eso sí, de que nosotros, sus lectores, sigamos mirando el espectáculo de la vida y de la muerte con el asombro y el espanto del niño que descubre. Su obra está ahí, no para ordenarnos el mundo, sino para mantenernos vivos la infancia. Esa infancia que no es evasión, sino perplejidad. Y entonces leerlo es también un aviso o un motivo, "como quien en la última destera despliega su camiseta en la única palmera".

Un pequeño amigo imaginario. [artículo] Luis López-Aliaga

Libros y documentos

AUTORÍA

López-Aliaga, Luis

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un pequeño amigo imaginario. [artículo] Luis López-Aliaga

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile